

CRÓNICAS

VUELTA AL REVÉS DEL REVÉS. ESPAÑA EN LA BIENAL DE SAO PAULO.

Avilés: Centro Niemeyer, 04-VII-2022 a 30-XII-2022

Ha pasado ya una década desde que el Centro Niemeyer de Avilés abriera sus puertas y son muchas las exposiciones que en los edificios proyectados por el arquitecto brasileño han venido desarrollándose y que han llevado hasta Asturias grandes nombres, desde Francis Bacon hasta Joan Brossa, pasando por Juan Genovés o, cómo no, Pablo Picasso. En esta ocasión, se quiere poner en valor el nexo que Oscar Niemeyer supone entre Asturias y Brasil, más concretamente entre Avilés y Sao Paulo, siendo Niemeyer el arquitecto tanto del edificio donde tiene lugar esta muestra como de aquel que alberga las bienales paulistas.

La muestra está formada, en su mayoría, por las obras que compusieron las participaciones españolas en el certamen carioca desde 1953, año en que participó España por vez primera, recorriendo su historia hasta nuestros días. Se antoja veramente complejo ya no sólo identificar dichas piezas sino también su localización y la posterior selección necesaria para la muestra. A tenor del resultado, no cabe más que felicitar a la comisaria de la exposición, Genoveva Tusell, por haber sabido resolver tales complicaciones de un modo, más que digno, admirable. Se ha conseguido reunir en Avilés y exponer bajo la cúpula del Niemeyer una serie de obras prácticamente nunca vistas en España, muchas de por pertenecer a colecciones privadas o fundaciones radicadas en el extranjero, consiguiendo con ello imbuir cierto espíritu de novedad a una muestra que no deja de ser una antología de la vanguardia española del siglo xx. Que no es poco.

La arquitectura concebida por Niemeyer, si bien admirable, supone grandes dificultades expositivas que vienen siendo señaladas prácticamente desde que fuera inaugurado el edificio. Sin embargo, la comisaria ha sabido sobreponerse a ellas, adaptando el recorrido y el discurso e incluso llegando a sacar inédito partido de algunos espacios. La visita está planteada en sentido contrario a las agujas del reloj, disponiendo en los círculos concéntricos que articulan el edificio-cúpula las obras, y reservando el espacio central para los premios y una ingeniosa línea de tiempo, que por su buena hechura luce como una obra más.

Comienza el recorrido con un espacio que se dedica a los artistas españoles que no participaron en el pabellón español, pero sí en el certamen, bajo el título: «Éxodo y exilio». Algunos de estos artistas fueron exiliados por motivos políticos —recordemos que gran parte de la muestra presenta obras realizadas durante la dictadura franquista (1939-1975)— y otros, residentes en el extranjero, que llegaron a adoptar las nacionalidades de sus países de residencia y participar en representación de dichas naciones. Las pinturas de Óscar Domínguez, José Vela Zanetti, Luis Seoane o Esteban Vicente dan el pistoletazo de salida para esta variada muestra, con una abstracción que todavía se antoja tímida pero que ya manifiesta cierto interés experimental, no sólo en las formas sino también en la materia. Se llama también la atención sobre la edición de 1953, donde la organización del certamen decidió dedicar una sala especial a la obra de Pablo Picasso y exponer, entre otras cincuenta obras del malagueño, el archiconocido *Gernika*, suponiendo este encuentro el primer careo entre la España de la dictadura y el artista.

Continúa la muestra articulada de manera cronológica, agrupando las obras por décadas y permitiendo al espectador apreciar no sólo la progresión estética de los envíos españoles, sino también el desarrollo de la vanguardia nacional. La geometrización y materización, tímidas en cierto punto, con las que empieza la exposición, van evolucionando hasta alcanzar su mayor exponente. Encontramos aquí obras de Tàpies, José Ventó o Lucio Muñoz, y por supuesto de algunos componentes del Grupo El Paso, como Rafael Canogar, Manuel Millares, Luis Feito, y a Martín Chirino que, junto a Ángel Ferrant representa la escultura en este espacio.

Los años sesenta marcan cierta distancia, que en la plástica se hace evidente. En esta época se sumarían a la crisis que anunciaba el final de la abstracción informalista otros problemas para la Bienal de Sao Paulo, como el Golpe de Estado en Brasil (1964) o las protestas de Río (1968). Por otra parte, comienzan entonces a aparecer nombres de mujer entre los envíos españoles, algo a lo que la comisaria ha prestado particular atención a pesar de, por las complicaciones típicas que entraña la organización de una exposición, no se haya podido contar con obras, por ejemplo, de Trinidad Fernández. Encontramos, sin embargo, la firma de Juana Francés entre otras como la de Juan Barjola, César Olmos, Antonio Suárez o Juan Genovés, y destacando en esta sección una impresionante pintura en rojo de Luis Feito. En la década de los setenta, se sumarán otras como Aurelia Muñoz o Ángela de la Pisa, y el punto de vista escultórico lo compondrán obras de Luis García Núñez y Miguel Ortiz Berrocal.

Del acierto del comisariado da muestra la efectiva instalación que se ha hecho de una impresionante obra de Susana Solano, que a pesar de caracterizarse por la ocupación del espacio queda armoniosamente integrada en el recorrido y la sala de la exposición.

La transición a la democracia quedó envuelta en un ambiente festivo que se muestra a través de obras de Pérez Villalta, o Carlos Franco, y las obras parecen expandirse, presentándose en formatos que van aumentando su tamaño. No sólo en las dimensiones, innegable ante las obras de Menchu Lamas o Luis Gordillo, sino también en planteamientos, encontrando algunos de los *Poemas visuales* de Joan Brossa, y pasando de la pintura y escultura que han venido protagonizando la muestra a medios como el vídeo —motivo por el cual se antoja recomendable ir con tiempo, a fin de poder disfrutar de estas obras—, que permiten la exposición de performances.

El espacio central del edificio se ha dedicado los éxitos que España habría labrado en Sao Paulo, como dos esculturas de Oteiza, que con su serie «Propósito experimental» se hizo con el Gran Premio de escultura en 1957. Ya superada la abstracción y con un tono claramente reivindicativo, dos de las pinturas tridimensionales de Rafael Canogar por las que mereció el mayor galardón de 1971 y que han sido escasamente expuestas en España, misma suerte que habrían corrido las impresionantes pinturas móviles, «encapsuladas», con que Darío Villalba logró el Gran Premio de Pintura, en la edición de 1973. Y es en este punto en el que la muestra parece hacerse sola, por la variedad y calidad que ofrecen las obras allí expuestas, y que tiene más que ver con el talento de los artistas que con ningún otro aspecto. Sin embargo, otro acierto del comisariado que no puede obviarse es el haber buscado, dentro de las series o conjuntos premiados, las obras más desconocidas en España.

Por todo lo expuesto, «Vuelta al revés del revés» supone un rico muestrario de la participación española en las bienales de la vanguardia, una suerte de *Pantone* de vanguardia que resulta de una exposición antológica donde se reúnen obras que, a pesar de su capital importancia para el Arte español, no han sido lo suficientemente vindicadas. Se ponen en valor con esta muestra las tareas del comisariado, del “original” de las bienales, que entre otros habrían realizado Luis González Robles o Ceferino Moreno, y del que ahora realiza Tusell. Han cristalizado los esfuerzos y las labores expositivas llevadas a cabo en el Niemeyer de Avilés en un delicado ámbar que, tras irisados reflejos, conserva dentro de sí una parte de la Historia de España. Una destacable muestra que no necesita ser la joya de la corona para demostrar su majestad. Un gran acierto.

PELAYO RUBIO
Instituto de Historia-CSIC